

Flores, F. C. y Windholz, D. 2019. La producción cultural del espacio rural en una colonia entrerriana. Usos, discursos, actores y prácticas. *Red Sociales, Revista del Departamento de Ciencias Sociales, Vol. 06 N° 03*: 128-144.

LA PRODUCCIÓN CULTURAL DEL ESPACIO RURAL EN UNA COLONIA ENTRERRIANA. USOS, DISCURSOS, ACTORES Y PRÁCTICAS

Fabián Claudio Flores

GIEPEC - INIGEO

Departamento de Ciencias Sociales

Universidad Nacional de Luján

liccflores@hotmail.com

Darío Windholz

GIEPEC - INIGEO

Departamento de Ciencias Sociales

Universidad Nacional de Luján

dariow1991@hotmail.com

RESUMEN

La colonia de Santa Anita es una aldea que se encuentra situada en el Departamento de Uruguay en la provincia de Entre Ríos. Con casi 1400 habitantes, el aglomerado rural posee una morfología espacial que responde a una organización del territorio fuertemente vinculado a la presencia de inmigrantes alemanes del Volga.

Con el correr del tiempo se fueron consolidando usos y prácticas del espacio rural vinculadas a las actividades agrarias predominantemente. Sin embargo, a partir de fines de siglo pasado y principios del siglo XXI emergieron dinámicas espaciales novedosas que alteraron el paisaje rural y generaron tensiones, resistencias y negociaciones.

Centrados en estos procesos y situados desde una perspectiva cualitativa, el artículo se propone analizar las transformaciones que se produjeron en las modalidades, prácticas y usos del espacio rural de la localidad de Santa Anita (Entre Ríos) a partir del siglo XXI.

Palabras claves: Colonia agrícola, Rural, Cultura, Migración.

THE CULTURAL PRODUCTION OF THE RURAL SPACE IN AN ENTRERRIAN COLONY. USES, SPEECHES, ACTORS AND PRACTICES

ABSTRACT

The colony of Santa Anita is a village that is located in the Uruguay Department in the province of Entre Ríos. With almost 1400 inhabitants, the rural village has a spatial morphology that responds to an organization of the territory strongly affected by the presence of Volga German immigrants.

Over time, uses and practices of rural space linked to predominantly agricultural activities were consolidated. However, from the end of the last century and the beginning of the 21st century, new spatial dynamics emerged and altered the rural landscape and generated tensions, struggles and negotiations.

Focused on these processes and located from a qualitative perspective, the article analyses the transformations of the modalities, practices and uses of the rural area of Santa Anita's town (Entre Ríos) from the 21st century.

Keywords: Agricultural colony, Rural, Culture, Migration.

Introducción

La localidad de Santa Anita, en la provincia de Entre Ríos, cuenta con alrededor de 1.400 habitantes y constituye una de las clásicas colonias migratorias fundadas en la zona por los alemanes del Volga.

El origen de la misma se inserta en un proceso más amplio de fundación de aldeas agrícolas en toda la región con la acción combinada de distintos actores: el estado, agentes privados y las comunidades migratorias. Esto imprimió una forma particular al trazado de la trama territorial y al paisaje rural que los propios colonos recrearon.

Con el correr del tiempo se consolidó un modelo de organización espacial donde las prácticas de los sujetos-habitantes vinculadas al uso y apropiación del espacio rural consolidaron las actividades agrarias y el perfil de aldea ruso-alemana.

Sin embargo, con el devenir de las últimas décadas del siglo pasado y las primeras de la nueva centuria se comenzaron a modificar esas morfologías del paisaje rural y nuevas prácticas, usos y representaciones del espacio comenzaron a emerger. Estos cambios no están exentos de tensiones, conflictos y negociaciones que ponen al espacio en el centro de los debates.

Centrados en estos procesos y situados desde una perspectiva cualitativa, el artículo se propone analizar las transformaciones que se produjeron en las modalidades, prácticas y

usos del espacio rural de la localidad de Santa Anita (Entre Ríos) a partir del siglo XXI. Este abordaje se inserta en el proyecto más amplio que busca evaluar la construcción de paisajes desde la perspectiva de la geografía cultural a partir de un enfoque cualitativo.

La mirada seleccionada para el abordaje es predominantemente cualitativa sustentada en el análisis de fuentes periodísticas, material de páginas *web* de los distintos actores involucrados en los procesos espaciales, algunas fuentes dispersas de diversa índole y un trabajo de campo experiencial (Rowles, 1978) con entrevistas semi-estructuradas a sujetos que forman parte de los fenómenos que estamos analizando.

Estado de la cuestión y perspectiva teórica

El abordaje geográfico de los problemas vinculados a la producción de la espacialidad de la vida cotidiana es relativamente novedoso dentro del campo de las ciencias sociales en general, y de la geografía en particular. Pensar en cómo los sujetos producen su cotidianeidad, y a través de esto su espacialidad, implica necesariamente repensar algunas de las perspectivas teóricas y metodológicas que tradicionalmente han primado los estudios geográficos.

La inserción de las variables culturales y el protagonismo de los sujetos-habitantes a través de sus prácticas, son dos de los aspectos más relevantes que introducen las miradas geográficas emergidas a la luz de las llamadas geografías de los giros.¹

Desde las últimas décadas del siglo pasado, y en la que va de éste, hemos sido testigos de la consolidación de la geografía como disciplina social y su apertura hacia un matiz mucho más cultural, situación que el geógrafo británico Denis Cosgrove resume en tres aportes centrales: en primer término, la adopción de métodos de investigación que permitan observar la compleja formación de significados alrededor de los paisajes humanos, sin dejar de observar su historicidad. En segundo lugar, la verificación de que los discursos hegemónicos implican la reproducción interesada de una determinada concepción del espacio ya que “como poder simbólico, en una sociedad de clases, la ideología se apropia y reproduce el espacio de cara a legitimar y mantener la dominación”, y en tercer lugar propone el desarrollo de una geografía cultural como “práctica revolucionaria” que “vaya más allá de las asunciones y atribuciones de sentido común de nuestro culturalmente-construido mundo capitalista. Así, la geografía cultural, puede [...] crear una nueva cultura, una cultura que implantará la producción de nuevos paisajes y de nuevos significados a los paisajes ya habitados” (Cosgrove, 1984:6).

Plantear los problemas espaciales en clave cultural no significa, de ninguna manera desechar el conjunto de variables sociales, políticas, económicas que embeben el territorio,

¹ Véase Lindón, A. y D. Hiernaux. 2010. *Los giros de la Geografía Humana*, Anthropos, Barcelona.

sino por el contrario se trata de apuntalar la mirada hacia una perspectiva que integre el aporte interdisciplinario poniendo a la producción de la espacialidad en el centro de la cuestión; una mirada que exprese la relación espacio-cultura desde una perspectiva reflexiva y crítica; que vincule las dimensiones materiales y simbólicas. Siguiendo a Cosgrove, sería lograr una geografía cultural “con un cariz político, crítico y comprometido que dé evidencias que la cultura no es solo una construcción social que se expresa territorialmente, sino que la cultura está, en sí misma, constituida espacialmente” (Cosgrove, 1984:7).

Además, al tratarse de una reflexión espacial sobre un problema de raíz cultural (como es la construcción del paisaje rural de una colonia) se hace necesario bucear en otros universos territoriales más allá de las materialidades, ya que las formas materiales del espacio pueden ser apropiadas de distintas maneras y con distintos usos según los sujetos que intervengan en cada momento, aunque “ello no traiga consigo un cambio en la materialidad misma” (Lindón, 2010:127); también esas formas espaciales rígidas pueden ser resignificadas de acuerdo a estrategias que se toman en el marco de relaciones sociales que expresan igualmente, relaciones de poder. Por lo tanto, la espacialidad no sólo implica una apropiación material sino una simbólica y subjetiva (relacionada con la experiencia espacial y los espacios de vida).

Paisaje y lugar son dos conceptos centrales que han servido para pensar formas de articulación del espacio desde el abordaje cultural. El análisis del paisaje cultural aparece en el centro de la discusión y se convierte en una categoría muy rica para pensar la espacialidad con un protagonismo central de los sujetos, sus prácticas y sus representaciones.

Tradicionalmente, los estudios del paisaje estuvieron fuertemente relacionados a las geografías del mundo anglosajón y francés de la primera mitad del siglo pasado. Estas perspectivas entendían al paisaje como una categoría sustentada en los componentes materiales que lo integraban, esencializando su génesis y su potencial dinámica.

La nueva geografía cultural retoma la categoría “paisaje” para redefinirla y posicionarla como una matriz analítica profunda y multidimensional, entendiendo que éstos son ante todo construcciones socio-culturales. Por ello, el concepto de paisaje, en tanto expresión de una determinada organización espacial debe interpretarse en clave cultural (Nogué, 2007a). Para el geógrafo catalán: “cuando hablamos de paisaje, estamos hablando, en el fondo, de paisaje cultural; esto es de una porción de la superficie terrestre que ha sido modelada, percibida e interiorizada a lo largo de décadas o de siglos por las sociedades que viven en ese entorno, lo que nos lleva, inevitablemente, a vincular paisaje e identidad territorial. El paisaje está lleno de lugares que encarnan la experiencia y las aspiraciones de la gente; lugares que se convierten en centros de significado, en símbolos que expresan pensamientos, ideas y emociones varias” (Nogué, 2007b: 142).

El modo en que estos esquemas encaran el análisis de los paisajes permite observar la compleja y cambiante gama de situaciones particulares que caracterizan a los ámbitos locales que abordamos y en donde es posible identificar superposiciones cada vez más notables de tiempos, de formas y de dinámicas (Barros, 2000), y por ello como expresa Doreen Massey, el papel esencial que deben desempeñar los geógrafos y geógrafas en estos tiempos se centra en torno a encender el debate pendiente “reconceptualizando al espacio global, en la reimaginación lo local, y en la investigación de toda una gama de relaciones sociales (relaciones necesariamente de poder) por la que la identidad de nuestros paisajes locales se constituyen y se mantienen dentro de un mundo complejo” (Massey, 2007: 27). Entonces, se debe profundizar en el entendimiento de las prácticas y representaciones de los actores aplicados que operan en dichas construcciones que deben ser concebidos no como simples soportes, sino como un complejo entramado de sociedad y espacio geográfico (Hiernaux, 2007).

Recuperamos también el aporte de Doreen Massey (2007) en otro sentido: en la medida en que pone en consideración a las representaciones sociales como creadoras de espacialidad, en tanto son generadoras de modos de vivir, experimentar, consumir y crear espacio, y por ende, de crear materialidades, traducidas en escenarios concretos, como el caso de una aldea poblada por migrantes que fue cambiando su configuración a través del tiempo. En este sentido, la autora propone contemplar su construcción en función de las relaciones que éstos mantienen con el afuera, de modo que los procesos externos propician la configuración de procesos locales (Massey, 1994). Esta salida no solamente ayuda al debate teórico, sino que también brinda un interesante aporte desde una mirada interescalar de los problemas, ya que las prácticas sociales de los sujetos se materializan habitualmente en algún ámbito espacial que excede lo local y se vincula con otros espacios.

Materiales, datos y métodos

Enfoque:

La perspectiva seleccionada se sustenta en un enfoque cualitativo. Para ello, utilizamos un amplio y diverso arsenal de técnicas de recolección de la información a través de distintos caminos.

En primer lugar, la realización del trabajo de campo fue central para llevar a cabo la investigación. Se trató de un trabajo de campo participativo, activo y de corte etnográfico. Esto implicó la realización de una serie de tareas como la observación directa e indirecta, la toma de fotografías y la lectura del paisaje cultural, diálogos informales con los interlocutores en el territorio.

En segundo lugar, una estrategia cualitativa clave fueron las entrevistas desarrolladas con todos los actores involucrados en el fenómeno (representantes del estado

municipal, funcionarios públicos, emprendedores, medios de comunicación y vecinos de la localidad). Las entrevistas fueron semi-estructuradas dependiendo de los contextos y circunstancias claves para acceder al universo de los discursos, imaginarios y representaciones espaciales.

En tercer lugar, se recurrió a la búsqueda de información en sitios claves de la localidad como el museo local y la casa del fundador, especializados en herramientas, arquitectura donde se guardan libros, periódicos y documentos. Este tiene la particularidad de conservar el patrimonio material de los “antepasados” y “pioneros”. Poseen un archivo con documentación de acceso libre y gratuito con materiales audiovisuales que incluye programas específicos con contenido “volguense” que mantienen relatos, historias de vida e historias de la comunidad. Los avances tecnológicos permiten que por medio de internet acceder a otros recursos como la radio local o los periódicos de la comarca.

En cuarto lugar, se llevó a cabo un rastreo de información en las redes sociales, analizando sitios web, blogs personales y comunitarios, grupos en redes sociales y perfiles, así como todo tipo de materiales visuales producidos por el Municipio u otros actores que incluyen folletos, propagandas, afiches en la vía pública, publicidad y otras marcas territoriales que sirven para explicar los procesos planteados.

Finalmente, se procedió a analizar los resultados a través de la combinación de tareas y fuentes para acceder a las conclusiones.

El lugar:

Santa Anita es una localidad entrerriana que fue fundada en el año 1900 por el Reverendo Padre Enrique Becher junto a otros colonos alemanes del Volga. Se encuentra ubicada en el centro del departamento de Uruguay, a 100 km de Concepción del Uruguay, a 240 km de Paraná (capital de la provincia de Entre Ríos) y a 350 km de la ciudad de Buenos Aires. Su principal acceso es a través de la ruta provincial N°20.

En la actualidad, la aglomeración rural cuenta con 1.380 habitantes según el Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas de 2010 y las principales actividades giran en torno a la agricultura (trigo y arroz mayoritariamente) y, en menor medida, la cría de aves y porcinos.

Figura 1: Localización de la Colonia de Santa Anita



Fuente: <http://www.santaanita.gob.ar> (última consulta 7/12/19)

Descripción y análisis de resultados

La colonización en Entre Ríos

Hacia fines del siglo XIX, en un contexto de ampliación de las relaciones capitalistas de producción, comienza a desarrollarse en la Argentina una serie de transformaciones territoriales que condujeron a producir un “espacio argentino”, hasta entonces inexistente y con algunas dificultades de integración.

La incorporación del espacio argentino a ese sistema-mundo, como era de esperar, se dio por la vía de la producción de materias primas alimenticias destinadas a la exportación. Esto se vio favorecido más aún por el hecho de que el Litoral no era un área anecuménica y, además, porque había orientado su producción hacia la actividad agropecuaria desde sus mismos orígenes. Para plasmar esas transformaciones, fue necesaria cierta adaptación sobre la matriz espacial preexistente: se recibieron del exterior importantes masas de inmigrantes, así como una gran cantidad de capitales que se destinaron a la creación de infraestructura.

Pero no todo el país presentaba el mismo patrón de organización territorial. Entre Ríos es un ejemplo de la excepción. De hecho, la distribución de las tierras en la provincia presentaba grandes variaciones en relación con lo ocurrido en el Litoral pampeano, a pesar de que también respondía a las exigencias de un sistema nacional que se incorporaba al capitalismo mundial.

Con posterioridad, el Estado nacional pasó a incrementar su papel como agente activo en el fomento de la inmigración europea, a través de una serie de medidas tendientes a favorecer este proceso, como por ejemplo, la creación de Oficinas de Información y Propaganda en ciudades del centro y norte de Europa (París, Londres, Berlín, Viena, Bruselas, Berna), así como en Nueva York; la concesión en gran escala de pasajes subsidiados mediante una ley de 1887; la posibilidad de alojamiento temporario gratuito en el Hotel de Inmigrantes, y la creación de oficinas de empleo, entre otras.

La provincia de Entre Ríos tenía, para mediados del siglo XIX, una población que no alcanzaba los 50.000 habitantes y un flujo de inmigrantes, en su mayoría europeos, que se incrementaba en forma constante. La formación de la Colonia San José, hacia 1857, marcó el inicio de una política de ordenamiento territorial orientada a la conformación de colonias. Las crónicas de la época así retrataban este proceso migratorio incipiente: “el movimiento colonizador en la provincia se ha apoderado con furor del corazón y del espíritu de los hombres más progresistas y acaudalados, naturales y extranjeros. Con razón sobrada, porque sienten y palpan la indiscutible necesidad de aquel. La colonización es el más poderoso factor de pueblos y repoblador de naciones; es el más fecundo productor de múltiples capitales y de riquezas incalculables: es el más dadivoso y activo agente de progreso general (Castro Boedo, 1886: 13).

Estas palabras expresadas por el Dr. Castro Boedo, publicadas hacia 1886 en una obra de carácter oficial, legitiman mediante el discurso lo que la realidad mostraba a todas luces: la necesidad de expansión y de organización de un territorio acorde con su propia lógica. Ya no era solamente el Estado el que producía el espacio, sino que eran los actores privados los que comenzaban a desarrollar un papel mucho más activo en la organización del territorio.

Entre los años 1871 y 1891, se alcanzó el período de máximo auge de la colonización en Entre Ríos, pero ya no solamente desde el Estado, sino desde las compañías colonizadoras que se transformaron en emprendimientos comerciales de incipiente éxito.

A pesar de esta presencia acentuada de agentes privados como organizadores del territorio, el Estado nunca se marginó del proceso, sino que, por el contrario, actuó como complemento de aquellos, creando el marco legal necesario que permitiese la satisfacción de los intereses particulares de cada grupo. Es así como, ante el incremento de la actividad colonizadora, la Legislatura provincial sancionó en 1875 una ley referida al ordenamiento espacial y a la traza de las colonias y las villas (Bosch, 1978).

Sin bien es cierto que varios contingentes de comunidades migratorias poblaron las colonias entrerrianas, fueron judíos, alemanes, rusos y suizos los grupos más numerosos.

Los orígenes de la Colonia Sata Anita están muy vinculados con la llegada y la instalación de los inmigrantes alemanes del Volga, como muchos de los emprendimientos migratorios presentes en toda la región.

La comunidad alemana del Volga o ruso-alemana² tiene características culturales particulares que de ninguna manera deben ser dejadas de lado a la hora de entender cómo su experiencia migratoria impactó en el territorio, en sus formas de sociabilidad y en otros aspectos particulares de su instalación en las lomadas entrerrianas y en la fundación de sus colonias.

El trazado de las aldeas

Desde su instalación en la región del Volga, los lazos culturales se cristalizaban en el espacio mediante la configuración de aldeas bien disímiles, a tal punto que los primeros asentamientos estaban agrupados según los criterios de vecindad que habían mantenido en Alemania, y también de acuerdo con las prácticas religiosas que profesaban los habitantes, según fueran católicos o protestantes. Este aspecto, eventualmente, pudo haber sido un factor clave para el desarrollo de redes sociales que se tradujeron en una posterior migración en cadena, así como en modalidades específicas de inserción, tanto en la sociedad como en el nuevo espacio. También las diferencias detectables entre los alemanes del Volga de la *Bergseite* (orilla occidental del río) y los de la *Wiesenseite* (margen

² La denominación de ruso-alemanes o alemanes del Volga se debe a las características singulares que adoptó este grupo migratorio a través de su historia. Su origen es alemán; sin embargo, fueron trasladados a Rusia cuando Catalina II se casó con un príncipe ruso como parte del tratado de amistad firmado entre ambas naciones hacia 1763. “El primer contingente que se desplazó a lo largo de cinco años fue el destinado al Volga, y sus regiones de origen en Alemania fueron Hesse, Renania, Palatinado y Wurtemberg. Pero en los años posteriores, hasta mediados del siglo XIX, continuaron emigrando otros que se radicaron también en Rusia, siendo los más numerosos los que se situaron a orillas del Mar Negro” (Weyne, 1986: 22).

oriental) pudieron haber influido en el establecimiento de ciertas diferencias que se verían reflejadas en la posterior conformación de colonias en la Argentina.

El patrón de organización respondía a las mismas características en todas las aldeas, y fue esa matriz la que trasladaron los inmigrantes a nuestro país. Su origen en Rusia estaría vinculado a la imposibilidad de establecer sus viviendas en la zona rural debido a eventuales ataques de grupos nómades, factor entrelazado a la vida religiosa del asentamiento, cuyo templo, en la mayor parte de los casos, se encontraba localizado en el centro de la aglomeración.

En cuanto al trazado de las colonias en Rusia, esta comunidad solía desdoblarse el lugar de residencia del de trabajo, generando un modelo territorial bastante singular para la época. Generalmente, tenían la misma diagramación: se trazaban dos calles o una principal, y manzanas rectangulares con calles paralelas y transversales a aquellas más angostas. En el medio del amanzanamiento, se emplazaba el templo con el fin de asegurar la facilidad del acceso para todos los colonos y, además, con un valor fuertemente simbólico, al constituir el centro de la vida comunitaria (Britos, 1986). Era, claramente, un espacio de representación (Lefebvre, 1990).

En la organización de las aldeas en la Argentina, el Estado jugó un rol activo, y es en la combinación con la acción de los propios colonos donde se advirtió la construcción de una territorialidad propia. De acuerdo con lo establecido por el convenio del 3 de septiembre de 1877 con las autoridades del Gobierno nacional, las tierras serían entregadas a las familias en lotes de veinte cuadras cuadradas alternativamente, reservándose las porciones interpuestas para los familiares que llegarían posteriormente. El Gobierno podía entregar estas tierras en forma gratuita, o bien, a cambio de un valor que él mismo fijaba, y que el inmigrante debía entregar según lo establecido por cada convenio. Cada colonia debía tener una escuela en donde se impartiría la enseñanza en idioma castellano, y los hijos de los inmigrantes debían asistir obligatoriamente a clase. Precisamente en este punto, se generaron los principales conflictos con respecto a las “promesas” que el Estado les había hecho a los alemanes puesto que, en la práctica, no se cumplieron, ya que la mayoría de las colonias tuvieron sus propios maestros, y por lo tanto (sobre todo, en los primeros años), la enseñanza se impartía en idioma alemán.

Es imprescindible detenerse en un aspecto fundamental para nuestro análisis de la organización espacial de la colonia desde un enfoque cultural: ¿hasta qué punto esta se encontraba influida por factores de tipo social y cultural propios de la sociedad de origen?, y ¿hasta qué punto las condiciones del espacio local terminaron influyéndolos? Si retomamos la idea de que el espacio es un hecho, un factor y una instancia social (Santos, 1990), podemos advertir que las características de las sociedades son las que le atribuyen una cierta identidad al espacio, en la medida en que este es un producto de la sociedad misma. “El espacio se confunde, a veces con el propio orden social, de modo que, sin entender a la sociedad con sus redes de relaciones y valores, no se puede interpretar como

una categoría ya concebida o como una dimensión social independiente e individualizada, estando siempre mezclado, interrelacionado o embebido en otros valores que sirven para la orientación general” (Da Nalla, 1991: 12). De este modo, las relaciones sociales, los valores propios de la comunidad volguense y sus representaciones espaciales influyeron en la configuración del espacio entrerriano, y dentro de aquellos, fueron factores de tipo social y religioso los que tuvieron mayor peso, al generar procesos de segregación espacial que se formalizaron en la organización de aldeas católicas, por un lado, y protestantes, por el otro. A su vez, estos grupos se distribuyeron en asentamientos de acuerdo con su lugar de procedencia. A modo de ejemplo, podemos mencionar las aldeas de Valle María (también llamada en principio Marietal, como la Colonia madre del Volga), compuesta por ruso-alemanes de la *Wiesenseite*; Spatzenkutter o Campo María; San Francisco, y Salto o Santa Cruz, todas pobladas por alemanes católicos de la *Bergseite*; a su vez, la Aldea Protestante, formada por ruso-alemanes de ese credo, provenientes de la *Bergseite*.

Con respecto a la distribución y apropiación de la tierra, debe recordarse que los colonos eran en su mayoría propietarios, y por más que hubiese ciertas pautas establecidas desde el Estado, fueron ellos mismos quienes decidieron la forma que habría de adquirir el paisaje aldeano. Repitiendo la experiencia volguense, recrearon en las lomadas entrerrianas formas de asentamiento singulares, dotándolas de cierta identidad territorial, siempre enmarcada en las posibilidades y condicionamientos que le asignaban en los sitios de instalación. Este modelo que los inmigrantes habían importado desde las zonas volguenses se basaba en una disociación entre el lugar de residencia y el de trabajo, expresado en la presencia de la parcela en las afueras de la aglomeración, por un lado, y por otro, la vivienda en el pueblo.

Pero el paisaje rural de las colonias, más allá de su diseño, se despliega como un collage de materialidades que son, en definitiva, resultado de los sellos étnico-culturales que el grupo imprimió, dejando plasmadas las representaciones y simbolismos que le otorgan una identidad especial al territorio. En este mundo rural, las viviendas aparecían como “marcas de identidad” que daban cuenta de una permanente evocación de las aldeas rusas, reproduciendo el estilo arquitectónico propio de los alemanes del Volga, hecho que también lo diferenció de otros grupos, como los daneses del sur.

Santa Anita y su paisaje rural

El proceso colonizador continuó avanzando, aunque con menor fuerza, en el siglo XX, y es en esa nueva oleada migratoria cuando se funda la Colonia Santa Anita, con alemanes católicos.

Fue el reverendo Enrique Becher quien decidió fundar una nueva colonia, inicialmente pensada en la zona de Concordia. A inicios de 1900, encontró una extensión de tierra en venta en la zona de la estación Urquiza donde, sin contar con fondos, llevó a cabo dicha operación. La estancia adquirida se denominaba Santa Anita (de allí el nombre

oficial). Cuando el fundador volvió a Crespo se encontró con una caravana que venía desde Córdoba, quienes fueron los primeros habitantes del asentamiento. Para 1901 eran 60 las familias radicadas que provenían de las aldeas de la costa del Paraná. De acuerdo a la composición, los colonos recibían parcelas de 200 hectáreas, mientras que las menos numerosas recibían 50 hectáreas, y debían aportar un canon por cada terreno adquirido que se destinaría a la construcción del templo, lugar central para la comunidad.

La colonia fue prospera y su crecimiento registró que a mediados del siglo pasado eran 3.500 las familias instaladas en la localidad, sin embargo con la ley de desalojo de mediados de la década de 1960³, cientos de familias dejaron la comarca para radicarse en el cercano oeste del área metropolitana.

La aglomeración consolidó el perfil agrario⁴ propio del mundo rural de las lomadas entrerrianas, donde el trigo se convirtió en la producción más importante y representativa de la colonia. Dos ejemplos dan cuenta de cómo esta actividad productiva no solamente implicó un recurso económico para gran parte de los pobladores, sino como le dio identidad y singularidad a la Colonia convirtiéndose en una forma simbólica espacial (Lobato Correa, 2011). Un primer ejemplo se vincula con la presencia de esta actividad en el escudo de la colonia, el otro tiene que ver con la patrimonialización del mismo mediante la creación de la “Fiesta Nacional de la Trilla” que se celebra todos los diciembre de cada año.

Otra de las identidades territoriales que se fue gestando a lo largo de las décadas tiene que ver con la cultura migratoria como particularidad central del territorio: la presencia de las banderas argentinas y alemanas en Escudo; el uso de toponimias para lugares importantes de la aldea (como la “Plaza del Inmigrante”) e inclusive las denominaciones de algunos sitios oficiales con toponimia en alemán, como el reciente camping llamado “Mein Andenken” (Mi Recuerdo), que inclusive cuenta en su interior con una especie de colección de herramientas y otros elementos que utilizaron los “pioneros”. En dirección a esta segunda identidad, también hay que destacar la creación de una serie de eventos que refuerzan la cultura migratoria como la “Fiesta de la Polka Alemana y el Chamamé” y la “Fiesta de la cerveza” (Oktoberfest).

³ Las políticas económicas neoliberales, llevadas a cabo por el Ministro de Economía de la Revolución Argentina, Krieger Vasena, integraban un plan económico con una ley de alquileres que afectaron a los sectores rurales por la falta de protección y la desnacionalización hacia 1966.

⁴ La agricultura cerealera y arroceras se complementa con la presencia de actividad avícola y horticultura.

Figura 2: Escudo de la localidad de Santa Anita



Fuente: <http://www.santaanita.gob.ar> (última consulta 7/12/19)

Nuevos usos e imaginarios del espacio rural: tensiones y negociaciones

Con el devenir del siglo XXI se consolidaron una serie de transformaciones en el uso del espacio rural y su consecuente manifestación en el paisaje. Estos cambios no están exentos de tensiones que reflejan intereses desiguales por las acciones territoriales de los distintos actores en disputa.

A partir de la incorporación de cambios tecnológicos (agroquímicos, semillas transgénicas, silos bolsa) las prácticas productivas se fueron transformando, y con ellas la estructura agraria: nuevos actores sociales, mayores escalas de producción, de inversión y ganancia fueron dejando fuera a los productores más pequeños. Ello tuvo un impacto sobre las relaciones sociales, el juego de intereses económicos, y las ideas que tiene la población de Santa Anita sobre la actividad agropecuaria.

Las transformaciones en los imaginarios sociales sobre lo rural, el tipo de prácticas económicas y los impactos que éstas producen en el ambiente y la sociedad alteraron los esquemas convencionales de la organización del territorio productivo.

Por un lado, la producción avícola, tradicional en la zona fue generando reclamos por fuertes olores y presencia de moscas en la zona residencial; la producción del molino arrocerero también comenzó a generar reclamos por la dispersión de partículas en el aire, y la producción agrícola en base al uso de agroquímicos, cada vez más presente, ocasionó conflictos por las fumigaciones con pesticidas y herbicidas en las proximidades de las zonas residenciales, especialmente de las escuelas.⁵

Estas prácticas productivas, que incorporan nuevos actores sociales, pero son protagonizadas también por los productores “tradicionales”, comienzan a distanciarse de la representación histórica idealizada que se tiene del inmigrante, productor agrícola y colono, como sujeto privilegiado de la identidad comunitaria ruso-alemana.

Por otro lado, el incipiente posicionamiento de Santa Anita como destino turístico y residencial se desencadena, en principio, por el retorno de aquellos pobladores que décadas atrás, excluidos del proceso de intensificación productiva, migraron a centros urbanos en busca de trabajo. Este repoblamiento es selectivo y altera los imaginarios sobre la ruralidad. Además es promovido por el municipio que busca capitalizar su activo simbólico y paisajístico con la puesta en valor de ese paisaje neorrural a través de distintos caminos: el impulso a la “Fiesta Nacional de la Trilla; la creación de una playa artificial; el fomento para aumentar las “camas disponibles” en la localidad y la reserva de áreas urbanizables o de urbanización diferida.

Asimismo, buena parte de los pobladores “tradicionales”, independientemente de su actividad económica, contribuyen a sostener una imagen de Santa Anita como “un lugar limpio y ordenado donde vivir”. Estas representaciones espaciales son un contrasentido con los problemas ambientales y sanitarios que provocan las modalidades actuales de las prácticas productivas.

Otro grupo de habitantes, por el contrario, se ha enfrentado contra estas prácticas productivas nocivas desarrollando acciones colectivas tendientes a mitigar los efectos que producen en el espacio y sus pobladores.

La campaña “Paren de fumigar las escuelas”, impulsada por Mariela Leiva y apoyada por la Asociación Gremial del Magisterio de Entre Ríos (AGMER), se sumó a las acciones llevadas adelante por otras organizaciones como “Basta es Basta” del Foro

⁵ El 4 de diciembre de 2014, una avioneta fumigó campos linderos a la Escuela N° 44 de Santa Anita generando síntomas de intoxicación en los estudiantes y una docente. No fue la primera ni la última vez que sucedió un hecho como este, pero Mariela Leiva quien estaba a cargo del curso, realizó una denuncia que derivaría en una causa judicial y daría impulso a acciones colectivas de numerosas organizaciones sociales.

Ecologista de Paraná, el apoyo de organizaciones como la Red Federal de Docentes por la Vida y Médicos de Pueblos Fumigados, y Universidades como la de Rosario y La Plata, entre otras agrupaciones y adhesiones difusas y espontáneas. Estas acciones colectivas presionan a las autoridades para detener las fumigaciones, hacer respetar las anticuadas leyes vigentes y modificarlas actualizando las regulaciones en relación al manejo y distancias mínimas para el uso de agrotóxicos.⁶

Por otra parte, organizaciones que representan a productores agropecuarios como la Mesa de Enlace, que agrupa a la Federación Agraria Argentina (FAA), la Federación de Asociaciones Rurales de Entre Ríos (FARER), la Sociedad Rural y la Federación de Cooperativas (FEDECO), a empresas comercializadoras como el Centro de Acopiadores de Entre Ríos, y comerciales financieras como la Bolsa de Cereales, mediante acciones corporativas para flexibilizar los controles sobre este tipo de prácticas perjudiciales.

El estado (en sus instancias provincial y municipal) es otro de los actores claves entre estas disputas y negociaciones activando una serie de ordenanzas y reglamentaciones que regulan alguna de estas prácticas. En 2018, el gobierno de Entre Ríos firmó el decreto provincial N°4407/18 que reduce las distancias mínimas para fumigar a 100 metros de zonas urbanas, en el caso las pulverizaciones terrestres, y a 500 metros en el caso de las aéreas. Este decreto fue bien recibido por organizaciones como la Mesa de Enlace, la Bolsa de Cereales, y el Centro de Acopiadores, y utilizado para solicitar la desestimación del amparo que surgía del fallo mencionado. Finalmente, en marzo de 2019, a partir de un amparo presentado por el Foro Ecologista de Paraná y AGMER ante la Cámara Civil y Comercial de Paraná, y ratificado por el Superior Tribunal de Justicia de la provincia de Entre Ríos, se declaró inconstitucional y parcialmente nulo el decreto mencionado, retornando las distancias mínimas de fumigación a 1.000 y 3.000 metros.

La política municipal de San Anita se ha sumado con la sanción de la ordenanza 158/2018 que prohíbe la circulación de máquinas pulverizadoras a menos de 200 metros de la “zona urbana”. La presentación del proyecto de Ordenanza fue acompañada por declaraciones del intendente actual que decían: “sabemos que existe en nuestra sociedad una sensibilidad especial ante el peligro de los agroquímicos, donde la sola presencia de las máquinas implica, aunque esté totalmente limpia, ‘contaminación visual’”. No es la primera medida que toma el municipio para limitar los usos rurales productivos en favor de los rurales residenciales ya que con anterioridad prohibió, mediante otra reglamentación, la producción avícola y porcina dentro de la zona residencial, ante el reclamo de los vecinos.

⁶ Un fallo del Tribunal Oral de Concepción del Uruguay condenó, a fines de 2017, al productor agropecuario José Mario Honecker, al propietario de la empresa fumigadora Aero Litoral S.A. Erminio Bernardo Rodríguez, y al piloto César Martín Visconti, por las fumigaciones sobre la Escuela N°44 de Santa Anita. Además, amplió las distancias mínimas para la aplicación de agroquímicos de 50 metros a 1.000 metros en el caso de fumigaciones terrestres, y de 200 a 3.000 metros en pulverizaciones aéreas. El fallo fue el resultado de la denuncia de la profesora Mariela Leiva y el apoyo de numerosas acciones colectivas.

Ese paisaje rural idealizado con la presencia de la colonia agrícola y con identidades territoriales apuntaladas por agricultura cerealera y su condición de comarca migratoria, va dejando paso a un nuevo paisaje rural mucho más complejo donde se combinan usos productivos, residenciales y turísticos y donde nuevos actores y nuevos discursos redefinen la morfología del territorio.

Conclusiones

La colonia Santa Anita puede pensarse como un rico y complejo laboratorio donde observar el conjunto de transformaciones económicas, sociales y culturales que experimentó el paisaje local. La complejidad de estos procesos se funda en la multiplicidad de actores, de discursos y de prácticas. Todas diversas, superpuestas y en permanente tensión.

El abordaje cultural en geografía enriquece la mirada con que habitualmente se suelen explorar este tipo de lugares, cayendo en perspectivas superficiales, vacías o esencialistas. La riqueza, justamente, se encuentra en indagar más allá de las simples formas materiales que nos muestra ese paisaje y subsumirse en el complejo mundo de los sentidos, de los significados y de las prácticas que en él se entretajan, siempre desde un análisis contextual, relacional e histórico.

El cambio de siglo encuentra a la localidad entrerriana en una encrucijada geográfica que responde a patrones mucho más amplios que está experimentando el territorio provincial y (casi) toda la macro región litoraleña. El panorama es revelador en este sentido: el paso de la colonia agrícola cerealera sustentada en imaginarios que rememoran las prácticas de los inmigrantes pioneros vinculadas a la agricultura comunitaria hacia una nueva identidad del territorio rural signado por la complejidad, la polifuncionalidad y la liquidez de las formas que adquieren las prácticas productivas

El fallo del año 2017 constituyó un punto de inflexión para los conflictos territoriales que enfrentan a habitantes y productores rurales. A esta sentencia le sucedieron avances y retrocesos judiciales y normativos, sin embargo, representó un hito para numerosas organizaciones sociales que llevan adelante acciones colectivas en contra de prácticas productivas nocivas para la salud de las comunidades rurales. Santa Anita parece no ser la excepción y los reclamos comienzan a obtener algunos resultados.

Tal vez estemos ante las puertas de nuevas transformaciones de su ruralidad, de la defensa de los usos residenciales, sin el abandono de su tradición productiva; por el contrario, de su coexistencia con el patrimonio histórico y cultural de los alemanes, y la valorización paisajística de esta inmaterialidad: “La Fiesta de la Trilla” puede ser una llave para entender estas nuevas complejidades.

Referencias bibliográficas

- Barros, C. 2000. "Reflexiones sobre la relación entre lugar y comunidad". En: *Doc. Anal. Geogr.*, 37, Barcelona.
- Bosch, B. 1978. *Urquiza el organizador*, Buenos Aires: EUDEBA (Biblioteca de América).
- Castro Boedo, J. 1886. *Estadísticas generales de la provincia de Entre Ríos*, Buenos Aires.
- Cosgrove, D. 1984. "Towards a radical cultural geography: problems of theory". En *Antipode: A Radical Journal of Geography*, 15 (1):6.
- Da Nalla, M. 1991. *Espaco, casa, rua e outro mundo: o caso do Brasil*, Rio de Janeiro: Guanabara.
- Hiernaux, D. 2007. "Paisajes fugaces y geografías efímeras". En: Nogué, J. (ed.). *La construcción social del paisaje*. Colección Paisaje y Teoría. Biblioteca Nueva: Madrid.
- Lefebvre, H. 1990. *The production of space*, Cambridge: Blackwell (original 1974).
- Lindón, A. 2010. "Invirtiendo el punto de vista: las geografías urbanas holográficas del sujeto habitante" en Lindón, A. y Hiernaux, D. *Los giros de la geografía humana, desafíos y horizontes*, Barcelona: Anthropos.
- Lindón, A. y Hiernaux, D. 2010. *Los giros de la Geografía Humana*, Anthropos, Barcelona.
- Massey, D. 1994. *Space, place and gender*, Cambridge: PolityPress.
- Massey, D. 2007. *For Space*, London: SAGE publications Inc., [original de 2005].
- Lobato Corrêa, R. 2011. "Las formas simbólicas espaciales y la política". En, Zusman, P.; Haesbaert, R.; Castro, H. y Adamo, S. (eds.), *Geografías culturales. Aproximaciones, intersecciones y desafíos*. Buenos Aires. Ed. de la Fac. de Filosofía y Letras de la UBA.
- Nogué, J. (ed.) 2007a. *La construcción social del paisaje*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- Nogué, J. 2007b. "Paisaje, identidad y globalización". En: *Fabrikart*, 7, Unv. País Vasco.
- Rowless, G. 1978. *The prisoners of the space? Exploring the geographical experiences of older*. Westview Press. Boulder Colorado.
- Santos, M. 1990. *Por una nueva geografía*, Madrid: Espasa.
- Weyne, O. 1986. *El último puerto: del Rhin al Volga y del Volga al Plata*, Buenos Aires: Tesis, Instituto Torcuato Di Tella.